

ACERCA DE LA FECUNDIDAD LITERARIA

EN general, el escritor hispanoamericano no es fecundo. Damos al término la acepción de abundancia, de profusión, de multiplicidad. Balzac, por ejemplo, era la profusión, la abundancia. Flaubert, la fecundidad interior, limitada; fecundidad en el sentido de perfección. Era un trabajador prodigioso, pero al mismo tiempo, lento. *La tentación de San Antonio*, la más perfecta quizás de sus obras, tardó diez años. En cambio, Balzac, trabajador febril, tumultuoso, torrencial, escribía novelas en una noche. Su correspondencia con Madame Hanska, sobre ser un documento vivo del hombre, muestra al escritor que lucha desesperadamente con el demonio absorbente de la creación. «He escrito—le decía—para Sache, en tres días las cincuenta primeras páginas de *Ilusiones Perdidas* (Balzac escribía por el anverso y reverso de la hoja). En el momento en que os escribo, tengo delante de mi las pruebas acumuladas de cuatro obras diferentes que deben aparecer en Octubre (su carta está fechada en ese mismo mes) y es necesario dar cumplimiento a todo. He prometido a Werdet publicar en este mismo mes la tercera entrega de *Estudios Filosóficos* y, además, la tercera decena de *Cuentos Droláticos* y de entregar, terminada, para el 15 de Noviembre, *Ilusiones Perdidas*».

Balzac no tenía reposo y, como se sabe, estaba cercado por los acreedores que rondaban su casa. Cuando el trabajo febril de días y de noches, exigía a su naturaleza física un instante de distracción, Balzac, calculando que sus terribles perseguidores ya se habían marchado, salía a las tres o cuatro de la madrugada a pasearse, en bata, por la acera... Pero en fin, eran escritores entregados a la exclusiva tarea de producir.

El mundo nuestro es diverso. Un Balzac sería imposible. Un Balzac de la cantidad. Una opinión vulgar afirma que sólo los escritores que producen mucho son escritores de genio. Unen la multiplicidad a la genialidad. Pero esos afirmadores olvidan el ambiente americano. Olvidan que el escritor está obligado a dispersar sus fuerzas en las duras exigencias de la lucha diaria. En Europa la labor de escribir puede acarrearle al escritor beneficios económicos. De ordinario, le permite vivir de su pluma. En América no. En cierto modo el ambiente americano está contra el escritor. Cuando no lo olvida, lo desprecia. La lucha se convierte en una tragedia interior, primeramente porque no hay correspondencia entre el artista y el ambiente y

luego porque las obras literarias carecen de mercado. En Chile, el problema es más duro, por la falta de estímulo. En otros países americanos hay establecidos premios oficiales permanentes para las mejores obras literarias. En nuestro país los concursos literarios son espaciados, intermitentes. En seguida hay en el ambiente una indiferencia glacial para con los productores literarios, los cuales deben buscar otras actividades para hacer frente a las contingencias económicas.

La obra de creación se resiente por la influencia de las circunstancias adversas. O son obras escritas con precipitación o se advierte en ellas la diferencia de períodos en que sus páginas fueron trabajadas. Un mismo libro suele mostrar los altos y bajos del trabajador discontinuo. Para las obras literarias que deben honrar al país, hace falta el reposo, el estímulo. El trabajador fecundo, aun en el sentido de Flaubert, requiere un ambiente propicio, la seguridad normal de una vida económica sin trágicas urgencias. Y es curioso el fenómeno. Cuando el escritor, en virtud de circunstancias tiránicas deja de producir, es rápidamente olvidado. El turbión pasa, le abandona o le sumerge en la obscuridad. Y cuando un día intenta recobrar su puesto o es tarde o el esfuerzo sobrehumano contra un ambiente impropicio, le vence. Contradicción en apariencia inverosímil, pero exacta.

El caso pasmoso en Chile, que asombra por su fecundidad es el de Vicuña Mackenna. Fué una especie de Balzac, sin las angustias del creador de *Père Goriot*. Su obra contemplada hoy, espanta por la abundancia, por la multiplicidad de documentos que debió revisar, por las materias infinitas que trató en sus libros vibrantes y pletóricos. Desempeñaba puestos públicos de gran laboriosidad y, sin embargo, tenía tiempo para producir incansablemente. Es verdad que el caso de Vicuña Mackenna es único. Los escritores posteriores han producido poco. Recórranse las listas de su obras y se verá que en muy contados casos hay una decena de obras en una vida entera...

Hace medio siglo escribía el agudo Blanco Cuartín, una página penetrante que nos revela que muy poco han cambiado los tiempos desde entonces. Decía: «¿Cómo se acoge un libro entre nosotros? ¿Cómo se recibe a un autor que rompe nuestra modorra indolente con una publicación cualquiera; al que nos regala con el provecho de sus estudios, enalteciendo la postración literaria en que nos hallamos? Con la indiferencia, con la mofa, con el desprecio de que no se atravesarían por supuesto a hacer alarde por nosotros mismos la patria de Guizot y de Lamartine». Y agregaba más adelante: «¿Diego Barros Arana no

ha escrito su historia para sus amigos, sabiendo que si no regalaba sus libros de nadie sería leído? ¿Ha costeado siquiera los gastos de impresión de la obra que por tantos motivos debiéramos haber pagado caro y enzalsado como lo merecía? ¿Blest Gana, Torres y hasta los mismos Lastarria y Sanfuentes han ganado un solo real con sus obras, con su talento literario, con su laboriosidad?

¿Y entre todas esas reputaciones forenses con que se nos asusta no hay ninguna, por no contar muchas, tan atestadas de envidia y malquerencia para con los talentos literarios, como lo podría ser el que pasa su vida entre el polvo fangoso de las escribanías?»

Se comprende que en los países hispanoamericanos el escritor no aspire a esa fecundidad literaria que, como quieren los observadores superficiales, es el signo de la genialidad.—JULIÁN SOREL.